

PEQUEÑAS GOTAS QUE MATAN

OLGA BULA



PEQUEÑAS GOTAS QUE MATAN

Miro las obras de Juan Genovés, el pintor de las multitudes, y recuerdo las veces en que me sentí individuo “sola” y las tantas en que las multitudes me desdibujaban, y descubro que no siempre tenía que ver con el número de personas que me rodeaban, sino con el calor o el frío, los olores, los colores, el ruido, la soledad o la felicidad que tenía por dentro, la riqueza o la pobreza del lugar. Pero lo que nunca faltaba, en cualquier circunstancia, eran la libertad de tocarse o tropezarse, de ignorar al otro o acercársele, de imaginarlo parecido a alguien que conoces, de adivinar sus filias y fobias, sin miedo.

Y entonces pienso en la pintura realista de este valenciano y su estilo expresionista y provocador, y no puedo dejar de relacionarlo con el horror que

provocan hoy las multitudes, el contagio, la pequeña gota de saliva que mata, la necesidad de distancia de dos metros, el beso que no puedes dar, ni siquiera el abrazo, y lo bien que resulta el Namasté de los indios, ese saludo que aparenta distanciamiento en una sociedad donde la cercanía al otro parece ser la regla.

Como cuando caminaba las calles de *Old Delhi* y disfrutaba del té con galletas en *Chandni Chowk*, y las miles de gotas de hoja de betel, rojas quizás, tocaban mi cara. O atravesaba el *Cruce de Shibuya* en Tokio, con pantallas gigantes, anuncios, música y, después de sobar la cola de *Hachiko*, me dejaba arrastrar por una multitud ordenada y callada, de la que salían gotas con olor a pescado fresco.

O tomaba la línea cinco del metro de Moscú que se cruza con todas las otras, en el que voces de hombres anuncian los trenes que van al centro de la ciudad, y voces de mujeres los que se alejan, la mayoría de la gente lee un libro, y las gotas saben a vodka. O disfrutaba de la ópera en Sydney, donde no cabía una alma más, pero que la inmensidad del hermoso puerto, cuando en el intermedio me asomaba a la terraza, hacía desaparecer el sentido de multitud en el infinito oscuro del mar, y la gente muy elegante soltaba gotas con olor a vino y a champagne.

Y me pregunto si después de Covid 19, la gente, en un escenario distópico de continua fuga de pequeñas gotas que matan, sentirá imposibles las ciudades y elegirá el campo para vivir.



OLGA BULA

Nació en Sahagún-Córdoba de madre antioqueña y padre caribeño. Creció y vive en Bogotá. Como abogada y politóloga hizo una carrera pública en los sectores de comercio exterior, justicia y derecho, y relaciones internacionales. Su trayectoria profesional la realizó en Bogotá, Bruselas, París, Nueva Delhi y Camberra. Su pasión por contar historias la llevó a cursar la Maestría de Escrituras Creativas en la Universidad Nacional y la de Literatura en la Universidad Javeriana.



ABRIL - 2020